



por MARTA REBÓN Descubrimos algunos pueblos y naciones a través de sus heridas. Tienen cicatrices tan profundas que persisten a lo largo de décadas y siglos, y son los gritos y los lamentos las primeras voces que nos llegan de ellos. Sucede esto con Armenia, en la sutura escarpada que une Asia y Europa, cuya alma refleja la delicadeza inmemorial del *duduk*, instrumento de viento construido con madera de albaricoquero dejada secar durante un cuarto de siglo.

La persistencia en su paisaje de la piedra dejó una indeleble

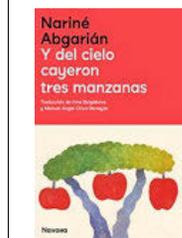
te y el refugiado, transmitida a generaciones posteriores, a menudo en una lengua puente. También desde la distancia –Moscú– y en ruso, nos llega la obra de Nariné Abgarián (Berd, Armenia, 1971), un fenómeno editorial que emergió en la plataforma de *weblogs* LiveJournal y, al igual que Guzel Yájina (*Zuleijá abre los ojos*), ha insuflado a la literatura rusófona historias periféricas inspiradas en otras tradiciones.

Para un lector ruso, una novela como *Y del cielo cayeron tres manzanas*, cuyo título rinde homenaje a los cuentos populares armenios con la conocida coda

mila Ulítskaia (*Medea y sus hijos*, *Sóniechka*, *La escalera de Jacob*) y sus sagas familiares. Después de recibir varios premios prestigiosos en Rusia, incluido el Yásnaia Poliana, *Y del cielo cayeron tres manzanas* se ha traducido a varias lenguas europeas.

Abgarián, más que una novela, ha tejido un tapiz fabuloso que retrata una manera de estar en el mundo, la que Mandelstam experimentó en Armenia, la del «participio imperativo de futuro, en voz pasiva»; es decir, «lo que ha de ser». Cierto es que la ternura convertida en amor entre la bibliotecaria Anatolia, que aparece en el arranque del libro haciendo preparativos para esperar la muerte, aun siendo la más joven del pueblo con 58 años, y el herrero Vasili conforma el arco principal del texto. Junto a ellos están los aldeanos de Marán, una comunidad *macondoniana* semiaislada y moribunda, que cuelga «intranquila, como de una pértiga vacía, sobre la ladera del Mánish-kar», a la que terremotos, hambrunas y guerras han ido vaciando de vida. Sin embargo, son las relaciones que se fraguan en todos los niveles lo que muscula la narración: entre Marán y el valle, encarnación del mundo exterior; entre lo inmutable y la tragedia sobrevinida, entre lo sagrado y lo profano, lo mítico y lo prosaico, porque «aunque los habitantes de Marán eran gente sensata, creían en los sueños y en las señales».

Así, Abgarián, lejos de regodearse en el drama de la adversidad, insiste en la esperanza, sobre todo en un desenlace que confirma que «la muerte se abre paso por todas partes... Pero también la vida», porque «el mundo es pequeño y nosotros somos grandes, aunque durante toda la vida, por ingenuidad o ignorancia, creamos lo contrario». Hay una voluntad clara, a veces forzada, de encontrar fortaleza y belleza en los embates que soporta Marán, tanto naturales como causados por el hombre, y Abgarián consigue un equilibrio que no oculta ni maquilla lo trágico, sino que lo complementa. Quizás esa sea la clave de su éxito. **L**



NARINÉ ABGARIÁN
Y DEL CIELO CAYERON TRES MANZANAS

Traducción de I. Bulgákova y M. Á. Chica Benayas.
Navona. 248 páginas. 19 €

EL CARÁCTER DE LA TRAGEDIA

Grossman y Mandelstam sintieron una especie de hermandad por el “amargo destino” compartido con los armenios, a quienes admiraron por “su rechazo inenarrable a la metafísica”, herencia del paganismo precristiano y que da forma al carácter armenio, cincelado por la memoria, tanto en el país como en la diáspora. Una memoria que es “como el martillo que empuñaste para hacer ataúdes/ toda la semana con tu tío”, dicen unos versos del Pulitzer de origen armenio Peter Balakian

Conmovedora fábula de la literatura armenia, esta novela de **Nariné Abgarián** explora la belleza de los pequeños detalles y el poder de la vida sobre la muerte en la sutura entre Asia y Europa

Una historia de amor, tragedia y esperanza en el **Macondo armenio**

impresión en Vasili Grossman durante su último viaje antes de morir: «Es como si allí hubieran trabajado canteros, miles, decenas de miles, millones de canteros, día y noche, durante muchos años, siglos, milenios» (*Que el bien os acompañe*). Ósip Mandelstam recuperó su voz poética allí, en ese «Estado de piedras vociferantes» (*Armenia en prosa y en verso*).

Si acudo a estos referentes es porque la literatura armenia es una gran desconocida en nuestro país, y lo poco que nos ha llegado es, en gran medida, a través de la mirada extrañada del viajero o la nostalgia del emigran-

te final «una manzana para quien vio, otra para quien contó y la tercera para quien escuchó», tiene la mezcla justa de elementos tanto reconocibles, en su recreación de la resiliencia rural y ciertas notas mágico-mitológicas, como ajenos, aunque no demasiado.

Además, logra un efecto similar al realismo mágico de García Márquez, con su espacio inmerso en un tiempo propio, maldiciones, amores tardíos y espíritus de difuntos que siguen interviniendo en el destino de los vivos, y hallamos cierta tipología de personajes, especialmente los femeninos, que recuerdan a los de Liud-